

Crisis

DESAHUCIADO

Iba sola en el vagón de la línea 9. Eran las diez, y un poco de miedo tenía. Apretaba contra su pecho la bolsa donde llevaba el pantalón de su marido, su regalo de Reyes, que había ido a cambiar al Corte Inglés después de salir de su trabajo. ¡La talla 42, tenía que ser la 48! ¡Cómo había engordado Suso! Había hecho trasbordo en Plaza de Castilla y ya llegaba a Duque de Pastrana, su estación.

Salió al andén y la misma desolación, ¡nadie! Cuando el tren se fue, sus tacones sonaban en el suelo, fuertes, como reclamos para ladrones, asesinos y maleantes. Ahora tenía, no un poco, mucho miedo. En el pasillo de salida se cruzó con un indigente, que se volvió para mirarla a los pocos metros de cruzarse. También se volvió ella; no sabía por qué se había vuelto ni por qué dejó de sentir miedo. Se quedó quieta observándole y él siguió hasta el final del andén y se apoyó en la boca del túnel.

El próximo tren llegará en 2 minutos.

Irrracionalmente corrió hacia el hombre, que se quedó quieto y sorprendido. Los tacones repicaban aún más fuerte que antes. Ahora la mujer tenía otro tipo de miedo y había reconocido al indigente.

—¡Don Antonio, por favor, qué le ha pasado? Él lloraba.

—¡Don Antonio, haga el favor de venir conmigo!

—Pero, hija, ¿dónde voy a ir yo?

—Donde yo lo lleve. Vamos, que, si no viene por las buenas, soy capaz de cargar con usted. ¿Qué barbaridad estaba pensando?

—¿Dónde me llevas? Dímelo.

—A mi casa. ¡Qué pena que Suso esté en Zaragoza con un follón de la empresa, con lo que le quiere y admira. ¿Qué le ha pasado?

—El principio ya lo sabes; me echasteis, bueno, me echaron de la empresa para reducir gastos y luego problemas, divorcio, se me acabó el paro, desahucio, la calle. ¿Para qué quieres saber más?

—En casa hay una habitación de invitados, que era para los niños, pero que «no vienen», Don Antonio, y eso que hasta nos mudamos aquí para estar cerca del colegio que Suso quería para ellos, el Recuerdo. Ahora va a ser para usted. En cuanto suabamos a casa llamo a Suso, seguro que coge el AVE y se presenta aquí. Para él usted es un ídolo y para mi también. No lloré, Don Antonio...

La mujer logró que Don Antonio se duchara y afeitara y que se pusiera ropa decente de su marido y que cenara un poco de queso de tetilla y un filete y hasta que tomara un chupito, pero no logró que brillara la menor chispa de vida en sus ojos muertos.

—Don Antonio, voy a llamar a Suso, quiero que hable con él.

Y Don Antonio se acostó en el cuarto de los niños, ahora de invitados, pero por la mañana ya no estaba. Cuando la mujer salió para ir a trabajar y coger el metro en la estación de Duque de Pastrana se encontró con coches de la policía y de bomberos y la estación cerrada. Por incidente grave estaba suprimido el servicio en la línea 9 entre las estaciones de Colombia y de Plaza de Castilla, al menos durante dos horas.

DESAHUCIADA

Madrid, 12 de enero. Calle Arenal. -4°C

Silvia va maldiciendo por la calle. Discute con su nuevo novio. Ajena al gentío, sólo se escucha a ella misma, mira enojada sus botas de cien euros que tropezando se ha desgarrado y jura iracunda en arameo.

—Llevo tres meses en paro, ¿sabes? ¡Solo cobro 900 euros! Y estoy harta, he tenido que volver a casa, no tengo vida propia, ¿sabes? y tengo que suspender mi viaje a Londres, porque no me llega, ¿sabes? ¿Y sabes por qué? Porque me gasté todo en tu regalo de cumpleaños, en la sudadera que ahora me dices que no te gusta, y que es de pijos. La vida es una m... ¿Tú crees que en el curso que estoy haciendo sólo hay guachupinos? Claro, con todos los inmigrantes que hay, esto es lo que nos pasa, que yo no puedo tener un trabajo y soy una **desahuciada** de la vida y en todo.

Silvia acelera el paso, deja a su novio atrás y sigue hablando sola, pero se ahoga en su propia voz con su enésimo «sabes».

—¡Hey, preciosa! ¿Quieres conocer «El Mundial»? Le indica con un dulce acento argentino un muchacho.

—¡No! ¡No quiero, ni querré conocerlo, ¡imbécil!

Silvia, inmersa en sus propias palabras, no se ha dado cuenta de que su novio ha desaparecido.

Llorando, se dirige a un cajero, no es su banco, le cobran tres euros de comisión, le da igual, coge un taxi, llora en el taxi, llama a una amiga, llora con la amiga, llega a casa y llora en su almohada.

Madrid, 13 de enero. Duque de Pastrana. 2°C

Silvia se levanta a las 11.00, ojerosa, cansada. Llamaron a la puerta. Es Lucía, rumana que ayuda en las tareas de la casa.

—Hola Silvia, madre dijo ser hoy tu cumpleaños, yo hice tarta para ti, dice con su fuerte acento del este que le da un aire de espía de la KGB.

Lucía, trabaja en seis sitios distintos, en todos sin contrato y sólo descansa un día a la semana, pero tuvo tiempo de hacer la tarta de regalo...

Silvia se arregla, sale, se dispone a coger el metro (ya no se puede permitir el Golf, que tuvo que vender), pero, imposible, la estación está cerrada; policía, coches de bomberos y una ambulancia rodean la boca del metro. Por incidente grave, suprimido el servicio en la línea 9 entre las estaciones de Colombia y Plaza de Castilla al menos durante dos horas.

Silvia camina triste hasta Colombia, con el sabor en la boca del pastel de Lucía, con su drama a cuestas y la palabra **desahuciada** machacándola el corazón y la mente.

Llegó a clase, no había nadie. ¿Era tan pronto? ¡No...!

De repente todos sus compañeros entran atropellándose y, cantando el «Cumpleaños Feliz».

El negrazo dominicano lleva un enorme tarjetón en el que cada una de aquellas personas, casi todas inmigrantes, ha estampado su acogida y su cariño.

En vez de decir gracias, les pide perdón llorando, uno a uno **¿Desahuciada?** ¡No, la vida es siempre bella!